BARRIO

Nunca antes había visto tan de cerca la marca de un puño en la pared, hasta esta misma tarde, aquí mismo en mi edificio. Había bajado al supermercado para canjear unos tickets de descuento que estaban al límite de la caducidad: leche semidesnatada, huevos y pasta integral. La tarjeta de fidelidad del súper me consiguió un increíble descuento de 0,17€.



Normalmente, cuando vuelvo de hacer compra, subo por las escaleras y no por el ascensor. Es mi forma de auto-engañarme y sentir que soy un tipo fitness a pesar de que solo hay dos escaleras hasta llegar al piso, casi siempre, con la lengua de corbata. A la derecha de la puerta, antes de subir al ascensor vi la seña en el tabique. Los nudillos habían dado un golpe cuyo estruendo puedo escuchar en mi cabeza cada vez que paso por allí, sin embargo, no hace muchos días atrás que subí por el ascensor la última vez, y en aquella triste ocasión de honestidad fitness no había visto las marcas del puño en el yeso.

Al anochecer decidí ser un rey y no cocinar nada, creí que la pasta integral no era digna para ver una película de terror en el sofá, decidí pues, que por 3,50€ y no tener que mover un dedo, un box del kebab de abajo sería buena recompensa para el final de un viernes. Tanto al bajar como al subir vi de reojo la reciente decoración.

¡Pum!

Se me han hecho las 2:59 am. Abro los ojos bruscamente tras un golpe de música que anuncia el final de la película. Tiro al suelo sin querer la grasienta caja empapada en salsa de yogur que se había quedado del revés manchando el pecho de mi camiseta favorita.

- ¡La puta madre!

No acabo de encajar del todo el caos provocado por la exquisita caja turca, y con los créditos en pantalla, se mete un sonido inesperado por la ventana: «¡Ayuda por favor! ¡Me quiere matar! ¡Ayuda!» Es una voz desesperada de mujer, muy ronca. No es la primera vez que se escucha algo así en este vecindario. Por las calles suele haber peleas de borrachos tanto de día como de noche; barullo juvenil, discusiones de pareja, un patriota envuelto en una camiseta que reza en el pecho una gran Ñ que a veces al ver a un extranjero, se le pone delante y grita ¡Viva España! Y luego están los gritos de mujeres. Siempre hay gritos de mujeres: gritos de odio, gritos de placer, gritos de borrachas, de casadas, de jóvenes cansadas, de activistas manifestantes, de viejas divorciadas, de estudiantes, de meretrices, de inmigrantes. Esta madrugada le toca gritar a ella y tras sus chillidos, quizá dos calles más adelante, se escucha el llanto insoportable de un bebé y luego le siguen los perros que van sumando una cadena de sonidos infernales.

Las 3:00 am. Llamo al 112 como en otras ocasiones que había oído similares acontecimientos.

- La policía ha enviado ya una patrulla. Hemos recibido varias llamadas en la misma calle.

Por lo visto muchos llaman a Emergencias, pero no todos salimos al balcón a ver; solo somos unos cuatro curiosos. Me asomo un poco y la escasa luz de la calle no me permite distinguir apenas, pero, juro que se trata de una mujer que corre portando un antebrazo humano en la mano izquierda y en el lado derecho parece no tener extremidad. Ya no grita pidiendo auxilio, aunque sus sollozos son inquietantes. Al final de la acera, gira por la esquina y ya no la veo más.

Me pregunto si a mis compañeros curiosos de balcón se les pasa por la mente bajar a la calle. Por lo visto cuatro curiosos se asoman, pero solo uno baja. ¿A qué baja? ¿A hacerse el héroe? ¿A no caer en la omisión de socorro? ¿Pero a quién iba a rescatar? Salvar a la presunta damisela en apuros que pedía ayuda no es mi trabajo sino de la policía, que además ya está en camino.

Además, debe de ser que como estaba algo lejos lo vi mal todo, seguro que en lugar de un antebrazo cortado era una botella. Sí, eso es. Este es el barrio de los borrachos, de las drogas, las putas, los inmigrantes, las luces azules y todo aquello que no hay en los buenos vecindarios. Así que no debió ser nada absurdamente *slasher* como la película con la que me había dormido, sino simplemente más inmorales deambulando por el inframundo. De manera que no me voy a preocupar a estas horas por las malas pasadas que me esté jugando mi insomne imaginación.

Ni idea de por qué, pero bajo a la calle. Paso junto a los contenedores de basura y el hedor me hace toser un poco; hay algunas bolsas en el suelo que emiten un sonido crujiente, provocado por una brisa que aumenta por momentos haciendo volar unos periódicos. Ya no hay ruido humano o animal alguno y tampoco veo a nadie más en toda la calle. Ahora empiezan a caer unas gotas gordas. Estupendo. Camino otros cien metros hasta llegar a la esquina donde había perdido el rastro de la mujer. Dado que ya me he medio despertado, decido volver a mi casa y dejar de hacer el tonto. Eso de jugar a los detectives me queda grande. La lluvia aprieta y sin tiempo para darme cuenta, llega el diluvio. Al menos ahora mi camiseta favorita medio se lava.

Otra vez ese olor nauseabundo al pasar por los contenedores, ahora con la lluvia aderezando el festival de bacterias. Y de nuevo ese maldito bebé llorando en alguno de estos edificios, sin embargo, las gotas de agua y los truenos producen un sonido extrañamente relajante a la par que marcial; yo intento seguirles el ritmo con un triste paso al que solo yo consideraría acelerado. Un par de relámpagos cruzan el cielo y por fin llego a mi portal. Empapado y cansado no pienso subir las escaleras. Por enésima vez, el puñetazo en la pared antes de pulsar el botón del ascensor que está en el séptimo. Mientras baja, escucho un coche pasar por la calle. Las luces azules, luego las sirenas. Cada segundo que pasa me interesa menos ya el asunto de la llamada de socorro, ahora solo quiero llegar, quitarme esta ropa y tirarme a dormir.

Llego al segundo, salgo del ascensor y…

- ¡La puta madre!

Hay un rastro de agua, barro y sangre que sale de las escaleras y llega hasta mi puerta. Alguien se ha metido. ¿No cerré bien al bajar? Joder, joder, joder; el teléfono está dentro. ¿Salgo corriendo? ¿Llamo a los vecinos en plena madrugada? ¿Bajo a buscar a la policía? ¿Por qué mierda hay sangre? Mi madre me decía que era un cobarde cuando era niño porque me asustaban las tarántulas. No pienso darle la razón por mucho que la tuviese. Me acerco lentamente, veo que la puerta está medio abierta, le pego un empujón tembloroso y abro, pero no pasa de la mitad, algo la detiene. Meto la mano para encender la luz del recibidor antes de abrir del todo, empujo con más fuerza y algo sale disparado a ras del suelo: ¡Es el antebrazo cortado! Se ha chocado contra la pared y me ha llenado el pasillo de salpicaduras de sangre. Escucho unos sollozos tras la puerta y de repente sale corriendo la mujer de antes empapada en dirección a la sala, produce unos ruidos muy raros, parece amordazada

y aterrorizada. La sigo, pero no puedo pronunciar ni una palabra, quiero preguntarle si está bien, si necesita ayuda, pero tengo la garganta hecha una roca. Su silueta por el pasillo cruza desesperada el umbral de la puerta, noto cómo llora a pesar de que la mordaza no le deja soltar el grito tanto ansía y necesita. La veo mejor ahora en la sala, está medio desnuda, descalza, con un picardías roto, sin sujetador y con la parte de abajo mal puesta, tiene una mordaza de trapo viejo y moratones por todo el cuerpo.

Las sirenas aumentan de volumen, parece que más patrullas están llegando; se les oye subir pisando fuerte las gradas, van rápido, con botas de punta de hierro. La mujer corre hacia el balcón y yo no sé para dónde ir. Decido seguirla sin saber cómo tranquilizarla, pero ella parece un cadáver con vida, un cuerpo pálido y morado a la vez que siente y padece, presa del pánico más injusto. Una bota pega una patada y abre la puerta de golpe. Entran varios hombres uniformados, no sabría decir cuántos, no hay tiempo para contar. La mujer se pega a la barandilla del balcón y yo voy detrás de ella intentando detener su locura. Estoy a punto de alcanzarla cuando salta de golpe estrellándose rápidamente contra el asfalto. La veo tirada en el suelo. Es una mancha de sangre y barro que se diluye lentamente con la lluvia y se pierde poco a poco por la rejilla del alcantarillado. Dos agentes me sujetan con fuerza desde atrás mientras me desahogo en llanto. Miro otra vez hacia abajo y la mujer ahora está de pie mirándome, con un bebé en los brazos. Ese llanto insufrible otra vez, ese maldito chillido agudo y acusador.

- ¡La puta madre!

Los policías me ponen las esposas, uno de ellos habla conmigo con tono peliculero «No te resistas cabrón» «Me estás poniendo nervioso». Me golpea la cabeza con una porra y se me nubla la vista mientras noto el suelo frío en mi cara.

Las 4:00 am. Me hallo en un calabozo mirando la pared, está llena de nudillos, de puñetazos de sangre; son hipnóticos, ahora los veo todos muy de cerca, los analizo, casi soy parte de ellos. Concentro toda mi fuerza y golpeo el muro hasta romperme las falanges.